X.

Una mañana llegó á la granja el cura de Gordes. Era un anciano de elevada estatura, de semblante apacible, de mirada penetrante, de cabellos largos y blancos. Habia conocido la infernal juventud de Margarita. Las penas que habia causado á su padre y á su madre no eran un secreto para él. La mujer de Pascoul no le inspiraba ni simpatía ni aprecio; le constaba demasiado hasta dónde llegaba su perversidad. Por eso iba raras veces á la granja, y se contentaba con preguntar á Margarita y á Pascoul por el estado de su salud cuando los encontraba á la salida de los oficios.

—¡Vos aquí, señor cura!—exclamó Pascoul.—Es una buena fortuna á la que no habeis querido acostumbrarnos, á pesar de todas nuestras invitaciones. Han pasado bastantes semanas sin que hayamos tenido el gusto de veros.

—Lo que decis es verdad, mi querido Pascoul,—contestó el cura inclinándose ante la mujer y tendiendo la mano al marido,—pero no os he olvidado. Yo no olvido á ninguna de las ovejas de mi rebaño.

—Sí, sois un pastor vigilante y, aún de léjos, velais por todos aquellos cuya custodia espiritual os está encomendada.

Se habian sentado bajo los árboles del jardin, en torno de una mesa que, gracias á los cuidados de Margarita, se habia cubierto en seguida de refrescos.

Con su baston entre las piernas, su sombrero sobre su baston, su caja de rapé entre sus manos, el venerable sacerdote seguia con la mirada dulce y entristecida á la dueña de la casa, que todavía no

habia abierto la boca más que para contestar á sus cumplidos.

—He venido,—dijo entónces el anciano,—primero para tener noticias vuestras, porque he sabido que habeis estado enfermo, y despues, para hablar á vuestra esposa de cierto beneficio que hay que hacer en la comarca.

—Habeis hecho bien en pensar en nosotros, señor cura,—dijo Pascoul;—seremos muy dichosos en poder secundaros en el cumplimiento de vuestras buenas acciones. ¿Qué podemos hacer hoy?

Y como para probar mejor que asociaba á su mujer á los sentimientos que acababa de expresar, la tendió la mano sonriendo. Ella la estrechó distraidamente con la punta de sus dedos.

—Yo hubiera querido hablar sólo á la señora,—respondió el cura mirando á Margarita, no sin turbarse.—Se trata de secretos que no me pertenecen; es inútil repetirlos delante de dos personas, cuando basta una sola para que el bien se haga.

Margarita sintió entrar la inquietud en su corazon.

—Desconfiais de mí, señor cura,—exclamó alegremente Pascoul.—Entónces me voy. Además, esta es la hora de mi paseo.

Saludó al anciano, abrazó á su mujer y salió.

—¿Teneis que hablarme?—dijo entónces Margarita, demostrando en su voz la impaciencia que sentia.

—Lo que tengo que deciros es grave, hija mia, y por eso, á fin de estar solo con vos, he mentido á vuestro marido, haciéndole creer que se trataba de una limosna. Esta mentira me será perdonada: la he dicho con buena intencion.

Su voz estaba conmovida hasta tal punto, que tuvo que detenerse.

Despues prosiguió, temblando:

—Yo no sé, hija mia, si habeis conservado en la memoria los consejos que os daba en otro tiempo:

entónces erais pequeña, y vuestro desgraciado padre, asustado, venía á suplicarme que detuviera los progresos del mal en vuestra alma. Esos consejos jamás los habeis seguido y tal vez los habeis olvidado. Yo los tengo presentes; á los recuerdos que despiertan en mi corazon va unido uno de los más amargos pesares de mi vida sacerdotal: el de no haber podido hacer de vos una hija piadosa y casta.

—Me decis cosas poco agradables, señor cura,—contestó con viveza Margarita interrumpiéndole,—y yo no merezco que me hablen así. Mi juventud no ha sido dichosa; mi padre nunca me demostró un gran cariño y me castigó demasiado pronto y con demasiada severidad por faltas que merecian más indulgencia. Mi corazon estuvo comprimido en el momento en que se despertaba á la vida. De ahí, tal vez, esas locuras que me vituperaban y que vos me vituperais aún con tanta amargura. Pero, desde mi casamiento, mi conducta no ha dado lugar á que me reprendan; ¿y soy acaso una niña para que vengan á hablarme de ese modo?

—Interpretais mal mis palabras,—contestó el cura, siempre tranquilo.—No son palabras de reprension. No me corresponde vituperaros nada; mi ministerio me obliga únicamente á recordaros vuestras faltas pasadas, á fin de advertiros sobre las que podais cometer hoy. Vengo á daros consejos; escuchadlos, si es tiempo todavía; pero sobre todo, cuando hableis de vuestro padre, guardaos, desgraciada, de acusarle de nada. He contado las lágrimas que le habeis hecho verter. Os ha amado tanto, que vuestra ingratitud le ha herido en el corazon y de eso ha muerto, bien lo sabeis.

—¿Y es para remover esos recuerdos para lo que habeis querido verme?—preguntó friamente Margarita.

—No, y nada hubiera dicho de ellos si vuestras propias palabras no me hubieran obligado á hacerlo. Pero dejemos ese asunto; por grave que sea, no

lo es tanto como el de que tengo que hablaros.

—¿A qué quereis aludir?

—A eso que ha llegado á ser en el país un rumor general. Se asegura que teneis con el chalan Furbicio relaciones indignas de una mujer honrada.

El sacerdote, presa de una emocion que trataba de dominar, esperó una respuesta á esta acusacion.

Margarita se habia levantado, y, la mirada tranquila, la voz clara, dijo:

—¡Os han engañado, señor cura; os han repetido una infame calumnia!

—No mintais, pobre mujer, no mintais. Yo sé, ¡ay de mí! toda la verdad. Brígida Furbicio ha venido á pedir consuelos á su pastor espiritual y á contarme sus males. Conozco la extension de ellos; es deciros que conozco al mismo tiempo la enormidad de vuestra falta.

—Entónces, ¿qué quereis?

—Que pongais un término á una situacion horrible que os deshonra, que puede tener por resultado haceros arrojar vergonzosamente de esta casa, y que va á llegar á ser un escándalo público en este país, en el que estais llamando la atencion por vuestra fortuna. Cesad de ver á Furbicio, devolvédsele á su mujer, á la que abandona por vos, á sus hijos, á los que deja en la miseria; volved vos misma á vuestro marido, cuya confianza engañais. El arrepentimiento debe al fin entrar en vuestra alma y conduciros á ese Dios que se ha retirado de vuestro corazon, pero cuya indulgencia es infinita. En nombre de vuestros padres, muertos por vos; en nombre de vuestro marido, de vuestra honra, de vuestro reposo; en nombre de vuestra salvacion, dad fin á una situacion que luego sería irreparable.

El sacerdote se habia levantado, solemne y sencillo á la vez, elocuente, inspirado. Su dedo señalaba el cielo. Margarita ya no le escuchaba. De todas sus palabras no habia oido más que una.

—¡Cesar de ver á Furbicio! ¡Devolverle á su mujer!—exclamó en el colmo de la exaltacion.—¡Jamás, áun cuando debiera morir, áun cuando debiera arder toda la eternidad en las llamas del infierno, si es que hay uno! Señor cura, no entendeis nada de achaques del corazon. Creeis que se puede amar á un hombre que os ama, entregarse á él en cuerpo y alma para abandonarle en nombre de los deberes que me recordais. Esos deberes no están hechos para mí. Yo soy, como habeis dicho, una criatura criminal, pervertida, á quien vuestro Dios ha abandonado. Si he de creeros, en la otra vida encontraré castigos eternos... ¡Pues bien! que me dejen entregarme toda entera al sentimiento que los aleja de mí, puesto que me hace vivir. Amo á Furbicio, y el acento con que os lo digo debe probaros que estoy dispuesta á arrostrarlo todo.

Este lenguaje asustaba al anciano; su cuerpo temblaba de indignacion reprimida. Aunque acostumbrado á la violencia de los cerebros de aquel país, en que el sol lo enardece todo, cabezas y corazones, no habia conocido nada parecido á lo que veia. Aquella mujer arrebatada, haciendo gala de su crímen, gloriándose de él, se le aparecia como una cosa monstruosa. Trató, sin embargo, de permanecer tranquilo, y lo consiguió á fuerza de voluntad.

—Yo sé,—dijo,—que una pasion infernal os ciega; que extraviada, loca, inconsciente, caminais entre densas tinieblas, tropezando con obstáculos verdaderos y asiéndoos á quimeras, con la esperanza de salvarlo todo: vuestro culpable amor y vuestro reposo. Os equivocais; descendeis á un abismo del que no podreis salir.

Margarita contestó:

—¡Amo á Furbicio!

—Pero,—replicó el sacerdote desesperado,—si no creeis en nada de lo que pudiera desengañaros, ni en la iras de arriba, ni en las venganzas de vuestro marido, ni en los dolores que os reserva vuestro

indigno amante, ¿cómo no os contiene el cuidado de vuestra honra? Os he dicho que vuestro nombre anda en todas las bocas. Vais á ser despreciada, infamada, señalada con el dedo.

—¡Amo á Furbicio!—repitió ella.

El cura levantó las manos al cielo como para tomarle por testigo de la inutilidad de sus desesperados esfuerzos.

—Ya nada tengo que hacer aquí,—dijo por fin;—si Dios no se apiada de vos, estais perdida.

Y cogiendo su baston y su sombrero, que habia puesto en un rincon, salió con el corazon lleno de tristeza y de horror, alejándose apresuradamente de aquella casa, en la que parecia haber entrado la desgracia.

Cuando el cura hubo salido, Margarita se dejó caer en un sillon, y con la cabeza entre sus manos, lloró amargamente.

No era el temor de los castigos invocados para convencerla la causa de sus lágrimas. Lloraba porque la parecia que de todas partes trataban de quitarla á Furbicio.

En aquel momento entró éste y le contó la escena que acababa de pasar. Furbicio no se sorprendió. Tambien él habia recogido algunos de los rumores de que el cura habia hablado y sobre los cuales la Valbray le habia igualmente llamado la atencion.

—¡Pero entónces estamos descubiertos!—exclamó Margarita.—Nuestra honra está amenazada, y sin embargo, debemos tenerla cariño, puesto que nuestra secreta esperanza es casarnos un dia. ¡Qué dulce hubiera sido estar unidos sin haber perdido nada de nuestra reputacion!

Ser la mujer de Furbicio, amarle con toda tranquilidad, no temer ya ninguna separacion, ¡cuántas veces habia tenido este hermoso sueño, miéntras que Furbicio, por su parte, desembarazado de su mujer, se veia llegar á ser el esposo de Margarita,

viuda al fin del débil Pascoul! Dueño de la fortuna del arrendador, saboreaba el placer de vivir en la abundancia y en la ociosidad al lado de una mujer amada. Semejantes ideas, en imaginaciones tan corrompidas como las de Margarita y Furbicio, debian producir sus frutos.

—Nada hay todavía perdido,—dijo este último despues de haber echado una rápida mirada sobre el horizonte que se abria delante de él; pero es preciso tomar una determinacion.

—¡Huir!—exclamó Margarita.

—No, quedarse para que salgamos del cuidado,—contestó.—Sin embargo, tú debes prepararte á un sacrificio.

—¿Cuál?—preguntó ella palideciendo.

—Vernos con ménos frecuencia. Es preciso para que den buen resultado todos los proyectos que tengo aquí.

Y señalaba su frente.

—¡Perderte para conservarte!—exclamó ella.

—Perderme por algun tiempo á fin de no separarnos ya nunca.

Estrechó á Margarita contra su pecho, y no queriendo encontrarse con Pascoul que iba á volver, salió para ir á casa de la Valbray, su consejera y su confidente.

—Quiero casarme con Margarita,—la dijo.—Ella tambien lo quiere. Es el único medio de acabar con tantas dificultades.

—¡Cáscaras! ¡pues no es mala tarea! ¿Y su marido, y tu mujer? ¿qué hareis de ellos?

—Estoy decidido á todo,—replicó Furbicio con aire sombrío.

La Valbray se acercó, le tocó en el hombro, y le dijo:

—¿Has hablado seriamente, muchacho?

—Sí,—dijo Furbicio con voz ahogada.

—Entónces escúchame. Cuando hablas así, es que has reflexionado en los peligros á que te expones. La mujer, por otra parte, bien vale la pena de que se intente algo arriesgado para hacerse dueño de ella y de su dinero. Pero, créeme, nada de violencia. Ya ves, los jueces son malos; es indudable que una puñalada termina pronto los asuntos, pero hay sangre, y basta una gota para perderos. En tu lugar, yo...

Y la Valbray, apoyándose en la punta de los piés para que su boca llegara al oido de Furbicio, añadió con voz casi imperceptible:

—¡El veneno! es un poco largo, pero es seguro; y además, no quedan señales si uno es hábil.

Furbicio se estremeció.

—Escucha aún,—continuó más alto;—á Margarita la profeso amistad, pero te profeso más á tí y no quiero que te suceda nada malo. Sigue mi consejo. No obres tú mismo, haz obrar. Si empleas el veneno, no le viertas. Manda que le viertan. Ella será el brazo, tú la cabeza. Hay ménos peligro.

—Veo que sabeis mucho,—dijo Furbicio.—¿A qué escuela habeis ido?

—El viejo Rivarot decia que yo habia nacido para el mal,—murmuró.— Confia en mí, y si sigues mi consejo, conseguirás lo que te propones.

—Seré rico ó me cortarán el pescuezo,—exclamó resueltamente Furbicio.

Esto fué lo último que dijo. A pesar de su resolucion, no se atrevió á decir nada á Margarita en los dias siguientes. Estaba decidido á llegar hasta el crímen, pero hubiera querido ser provocado ó encontrar una ocasion que le permitiera aprovecharse de la exasperacion de Margarita para hacerla su cómplice. Las circunstancias le sirvieron á medida de su deseo.

Un domingo, Pascoul, que iba recobrando rápidamente las fuerzas, propuso á su mujer acompañarla á misa. Hacía seis meses que no habia puesto los piés en la iglesia de Gordes, y era una alegría

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

para él andar el camino á pié y asistir á la ceremonia religiosa.

Salieron por la mañana, y á las ocho, Pascoul y Margarita ocupaban sus sillas. En el momento en que entraron, Pascoul oyó algunos murmullos.

—Se admiran de volverme á ver,—dijo á su mujer.

Margarita hizo una señal de cabeza sonriendo, pero habia creido advertir al paso miradas hostiles. Hizo esfuerzos para que no adivinaran su inquietud, pero palideció visiblemente cuando, al volverse, vió el vacío que se habia hecho en torno suyo. En un espacio de cerca de tres metros estaba sola con su marido. Las mujeres que, ordinariamente, se complacian en tomar sitio á su lado, habian sido las primeras que se habian alejado de ella.

— ¡Misericordia, — se dijo, — estoy ya deshonrada!

Y sus hermosos ojos se dirigieron suplicantes á las que, hasta entónces, se decian sus amigas. Nadie respondió á su llamamiento. Sólo Moulinet, que se hallaba á los piés de la iglesia, tuvo el valor de atravesar la nave en toda su extension, á fin de colocarse detras de sus amos, en el espacio que habia quedado vacío á su alrededor. Pascoul no comprendió nada de aquel incidente. ¿Y cómo lo iba á comprender si estaba á mil leguas de sospechar de su mujer? Devotamente arrodillado, oraba por ella y pedia á Dios que se la conservara siempre tan bella, siempre tan apasionada. El suplicio de Margarita no habia terminado todavía. Al final de la ceremonia, el cura subió al púlpito, y, despues de leer la lista de los matrimonios que debian celebrarse en la semana, recomendó á las oraciones de los fieles un alma extraviada en las tinieblas del mal y que necesitaba que Dios la ayudara pronto. Al oir estas palabras, todos los presentes miraron de nuevo á Margarita, y cuando al terminarse el oficio

salió del brazo de su marido, se alejaron de ella como de una apestada.

—¿De quién ha querido hablar el cura al recomendar á las oraciones de los fieles un alma extraviada?—preguntó ingenuamente Pascoul.

Margarita no contestó. Acababa de pasar por delante de Federico Borel, recostado en la verja de una capilla, y en la expresion de su semblante habia adivinado que era el autor de todos sus males. No habia sido ella sola la que habia adivinado la verdad. Moulinet, que iba detras de ella, acababa de experimentar la misma impresion á la vista de Federico Borel.

Se dirigió resueltamente hácia él.

—Vos sois el que ha hablado,—le dijo precipitadamente;—vos sois el que ha esparcido esas infames calumnias contra Margarita. ¡Desgraciado de vos si la sucede una desgracia!

Y pasó de largo, dejando á Borel sobrecogido y confuso.

En su cuarto, Margarita encontró á Furbicio que la esperaba. No le vió al pronto, y apretando los puños como para amenazar á los enemigos que acababan de ofenderla:

—¡Miserables!—exclamó airada;—¡injuriar á una mujer!

—¿Qué sucede?—preguntó el chalan.

—Me han tratado como si tuviera la lepra; todos se han alejado de mí, sin compadecerse de mi debilidad, sin que la presencia de mi marido pudiera detener su venganza. ¿Qué les he hecho yo á todas esas gentes? ¿Por qué me tienen ojeriza?

—Nada les has hecho; pero eres jóven, eres hermosa, eres rica, eres amada. Envidiosos, han querido destruir tu felicidad. ¡Pero no lo conseguirán, porque yo te amo y te defenderé, lo juro!

Su respuesta fué tan apasionada, que puso fuera de sí á Margarita.

—No es á mí sola á quien defenderás,—exclamó;—defenderás tambien á tu hijo.

El chalan dejó escapar un gesto de sorpresa; ella continuó:

—He sentido un estremecimiento en mis entrañas. Nuestro amor ha producido su fruto. Llevo en mi seno un hijo; es tuyo, no puedo dudarlo, y te llamaré desde hoy mi marido.

Miéntras que hablaba así, su voz febril y vibrante tenía acentos desconocidos. ¡Estaba transfigurada, como si la revelacion de su maternidad la hubiera convertido en otra mujer distinta y poetizado el crímen hácia el cual caminaba á grandes pasos!

XI.

Al saber que Margarita iba á ser madre, Furbicio experimentó á la vez inquietud y alegría: inquietud, porque esta noticia hacía imperiosamente necesaria la ejecucion del proyecto en que se habia fijado; alegría, porque en adelante Margarita estaba irrevocablemente ligada á él, é iba á poder ejercer sobre la desgraciada una influencia todavía más absoluta. De este modo se explicará la conversacion que tuvieron despues que Margarita reveló á Furbicio el estado en que se encontraba.

—¡Es preciso salvar nuestro hijo!—dijo ella.—¡Es preciso salvar nuestro amor! Nos cercan innumerables lazos. Mi embarazo justificará las maldades que se dicen por todas partes. A mi marido le abrirán los ojos. Todos los esfuerzos que hice para no despertar sus sospechas serán perdidos. ¡Querrán separarnos, y si nos separan, me moriré!

—No te arrebatarán á mi cariño,—contestó Furbicio.—Yo sabré defenderte contra todas las asechanzas. Sólo que, como ya te lo he advertido, es

preciso tomar una determinacion. Tú querias huir conmigo. Pero la fuga es la deshonra, es la miseria. Yo he buscado otra cosa.

—¿Y has encontrado?

—Sí, y la ejecucion de mi proyecto será fácil si juras obedecer ciegamente á mi voluntad, á mis consejos.

—Lo juro,—dijo ella con voz firme, la cabeza levantada, como una mujer decidida á todo.

—No hay más que un medio de acabar con nuestras penas,—prosiguió Furbicio,—y es casarnos. Nuestro matrimonio pondria término á todos los rumores que nos inquietan. Podríamos amarnos tranquilamente. Nada nos impediria abandonar este país, si no nos conviniera vivir más en él, y si permanecíamos aquí, nadie tendria derecho á reconvenirnos.

—¡Qué sueño!—exclamó Margarita.

—Ese sueño puede realizarse, con tal que nos desembaracemos, yo de mi mujer, tú de tu marido.

Esta horrible proposicion no asustó á Margarita. El pensamiento criminal que su amante acababa de someterla, se agitaba en ella hacía mucho tiempo. A la vez que su amor por Furbicio, un odio profundo á su marido habia crecido en su corazon. El cariño y la pasion de Pascoul, el afecto que ella misma habia sentido en otro tiempo por él, nada de esto tenía en cuenta. El pasado no existia ya; ella no vivia más que para el presente.

—Tú eres mi marido hace mucho tiempo,—le dijo;—ni las palabras del alcalde, ni el sermon de un sacerdote añadirán nada á mi amor. Pero, pues to que es preciso para nuestra dicha, para nuestro reposo, que esas palabras sean pronunciadas, lo serán. Haré todo lo que quieras.

—No será difícil,—prosiguió entónces Furbicio,—acabar con mi mujer. Desaparecerá sin ruido, sin dificultad. No sucede lo mismo con tu marido. Cuando te conocí, su muerte estaba próxima. Ha